

Introducción Teológica a La Libertad Cristiana

por Juan Stumme

1983

Pocos escritos en la historia de la iglesia cristiana han dicho con tanta claridad e intensidad que Jesucristo significa la libertad como el ensayo "La libertad cristiana" por Martín Lutero. Afirma que el evangelio es el poder de la salvación como la libertad. La fe que nos justifica nos libera. Lutero se atreve a describir la vida cristiana en su corazón y su dinámica con una paradoja de la libertad: "El cristiano es libre señor de todas las cosas y no está sujeto a nadie. El cristiano es servidor de todas las cosas y está supeditado a todos."

El tema de la libertad del cristiano no es, por supuesto, nuevo con Lutero, sino que es central en el nuevo testamento. Pablo, especialmente en Gálatas, la carta magna de la libertad cristiana, y Juan —"La verdad nos hará libres" (8,32)— para nombrar dos, mostraron el lazo entre Jesucristo y la libertad que es normativo para toda la iglesia en todo tiempo. Jesucristo, sin la libertad es una contradicción como es la libertad sin Jesucristo. Pablo aún articuló la paradoja de la libertad: "siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número" (I Corintios 9,19). Lutero no pensaba que estaba inventando un nuevo evangelio sino que estaba expresando el sentido del único evangelio. "La libertad cristiana" tiene validez en cuanto comparte el testimonio apostólico.

El evangelio de la libertad tuvo un impacto explosivo y liberador en el siglo XVI porque mucha gente experimentaba el mensaje de la iglesia como una carga, como una exigencia que aterrorizaba al creyente. A uno le gustaría pensar que la historia subsecuente de la iglesia, especialmente en las tradiciones evangélicas, ha sido una historia de libertad. Pero la evidencia es más ambigua. La proclamación de la libertad dada por Cristo y su vivencia han sido acompañadas por su distorsión y traición. Frecuentemente la han reemplazado el libertinaje o nuevos legalismos. Algunos han afirmado que sí, el cristiano es el señor libre de todo, pero se han olvidado de que a la vez es servidor de todos; otros han afirmado que sí, el cristiano debe ser servidor de todos, pero se han olvidado de que este servicio es libre. El resultado en los dos casos es el mismo: la esclavitud, aquél a sus propios impulsos y éste a una nueva ley. Apenas hemos superado los dilemas y los desafíos de la libertad.

Una lectura de "La libertad cristiana" nos constriñe a considerar de nuevo el sentido de la libertad para la vida y la misión de la iglesia, hoy, en América Latina. Nos plantea preguntas tales como: ¿Es el mensaje de nuestras iglesias el de la libertad en Cristo? ¿Proclamamos con convicción y pasión que Cristo nos libera a todos? ¿Son nuestras comunidades de fe espacio de la libertad? ¿Penetra la libertad para amar todas las relaciones de nuestra vida: en la familia, en el trabajo, con los amigos, en la sociedad? Como señores libres, ¿no hemos de comprometernos a la búsqueda de una sociedad en que todos estén libres del miedo del uso del poder arbitrario, libres de la inseguridad económica, libres para participar en las decisiones públicas y libres para realizarse? ¿No nos llama a acciones que procuren conseguir la justicia para nuestro prójimo social: los pobres y los oprimidos de América Latina? Lutero no puede contestar estas y otras preguntas por nosotros, pero puede desafiarnos y darnos pistas para nuestra reflexión y acción. Al reconocer la distancia histórica entre él y nosotros y la imposibilidad de que un teólogo capte el sentido pleno de la gracia de Dios revelada en Jesucristo, somos libres para escuchar esta voz del pasado, no como la palabra definitiva, sino como un testimonio que nos llama a ser humildes y valientes en el proclamar, el

vivir y el entender la libertad en Cristo dentro de las fuerzas esclavizantes en nosotros mismos y nuestro mundo.

Desde su publicación en 1520 La libertad cristiana ha sido uno de los escritos más populares de Lutero, y su fama ha permanecido durante los siglos. Aún algunos de sus enemigos han reconocido su belleza si no han aceptado su verdad. Su tono suave y pastoral contrasta marcadamente con sus escritos polémicos de protesta del mismo año: A la nobleza cristiana de la nación alemana acerca del mejoramiento del estado cristiano y La cautividad babilónica de la iglesia. El ensayo, en cambio, no sólo muestra los talentos de Lutero como escritor sino también resume una buena parte de su teología. "Es poca cosa, dijo él, cuando se considera el volumen, pero si no me equivoco, es la suma de la vida cristiana expuesta en forma breve, si te fijas en su sentido". La libertad cristiana es una expresión clásica de la teología de Lutero.

La única manera de comprenderlo es, por supuesto, leyéndolo. La intención de esta breve introducción no debe hacer superflua su lectura sino orientar al lector en su propia conversación con Lutero. Para esto quiere clarificar y ubicar su concepto teológico de la libertad. Como es propio de una introducción al libro de otra persona, sigue el principio dado por Lutero en su explicación del octavo mandamiento en su catecismo menor: "Debemos temer y amar a Dios de modo que ... interpretemos todo en el mejor sentido".

Las dos frases paradójicas citadas en el primer párrafo de la introducción presentan la tesis de Lutero. Es significativo que las dos empiezan con "el cristiano". Tal comienzo muestra el carácter "existencial" de su preocupación. Su reflexión teológica está ligada a la vivencia de la fe, a lo que significa Jesucristo para los fieles. "El cristiano" apunta a la existencia cotidiana del creyente en la presencia de Dios y otras personas.

Lutero entiende que el cristiano es una persona íntegra. El lenguaje que usa en este ensayo, en cambio, abre la posibilidad de un malentendido en este punto. Utiliza los términos dualistas tradicionales de su día: " ...todo cristiano posee una naturaleza espiritual y otra corporal. Por el alma se llama al hombre espiritual, nuevo e interior; por la carne y la sangre, se lo llama corporal, viejo y externo" (H 2). A primera vista parecería que Lutero no ha superado el dualismo griego que había afectado al cristianismo por siglos y que entendía que la persona era compuesta por las dos partes: un alma interior de valor superior y un cuerpo exterior de menos valor. Pero hay otra interpretación que nos permite una lectura más accesible y, pienso, más fiel a Lutero. "Las dos naturalezas" del cristiano no se refieren a dos partes de la persona, sino a dos relaciones en las que siempre existe. El cristiano entero vive siempre ante Dios y ante los otros. "El alma" o "el hombre interior" habla del cristiano en su relación con Dios y "el cuerpo" o "el hombre externo" habla en su relación con sus semejantes. Sus términos dualistas son mejor entendidos como referencia a la dualidad de relaciones del cristiano.

Para Lutero, entonces, el cristiano es formado por sus relaciones. No es un ser aislado y solo sino uno en relación. Todos sus conceptos —Cristo, el evangelio, el prójimo, la fe, el amor, la libertad, etc.— tienen su sentido como palabras de relación. Existe una dualidad de relaciones por la simple razón de que no hay una identidad entre Dios y el prójimo o la humanidad: el prójimo no es Dios y Dios no es la humanidad. Si se ignorara una de las dos relaciones, no se entendería lo que es el ser humano, su esclavitud ni su libertad. Pero tampoco Lutero hace una separación de las dos, puesto que el cristiano existe simultáneamente y constantemente frente a su creador y su prójimo. Lutero destaca que el cristiano vive cada momento en la presencia de Dios pero esta vivencia está dentro y no fuera de la red de sus relaciones humanas.

La estructura del librito sigue esta dualidad. Lutero comienza con la relación del cristiano con Dios (3-18) y después habla de su relación con su prójimo (19-29). Las dos relaciones tienen su propia dinámica y sentido. La primera está determinada por la fe, que para Lutero, es siempre

la fe sola sin las obras. La fe, que es don de Dios, es la confianza plena en Dios y su promesa en Cristo, y su opuesta es la incredulidad, es decir, la confianza puesta en otra cosa que Dios. La segunda relación está vista como una de amor, que brota de la fe. El amor es el compromiso desinteresado y alegre para bien del otro, y lo contrario son las actitudes y acciones egoístas. Lutero da prioridad a la relación de la fe en Dios no sólo porque Dios es el creador y el salvador, sino también porque la fe es la fuente del amor libre para con el prójimo. Es siempre la persona cristiana en su totalidad la que vive en la libertad de la fe y el amor.

Lo más obvio del ensayo y a la vez lo más importante es que Lutero habla en un marco cristológico. Todo lo que dice se refiere a "la libertad que para él (el cristiano) adquirió Cristo y de la cual le ha hecho donación" (N° 1). Aquí no se encuentra una discusión general de la libertad en sus muchos sentidos filosóficos, políticos, sociales y económicos, sino una indagación sobre lo que Cristo nos ha otorgado en su vida, muerte y resurrección. La libertad es justo lo que la gracia nos da. El ser humano es libre cuando vive más allá de sí mismo, abierto a Dios en confianza y al prójimo en amor. Y esto no es una posesión natural del ser humano sino que, afirma Lutero, es el regalo de Cristo.

Al hablar de la relación del cristiano con Dios, insiste Lutero en que todo depende de la gracia de Dios dada en Jesucristo. Cristo, la palabra de Dios, es suficiente para que esta relación sea buena, justa y santa. "No hay duda de que el alma puede prescindir de todo, menos de la Palabra de Dios: fuera de ésta, nada existe con qué auxiliar al alma. Una vez que ésta posea la Palabra de Dios, nada más precisará: en ella encontrará suficiente alimento, alegría, paz, luz, arte, justicia, verdad, sabiduría, libertad, y toda suerte de bienes en superabundancia" (N° 5). Las categorías son rotundas y absolutas: fuera de Cristo nada nos ayuda; con Cristo nada nos hace falta. Dios solo nos libera por la gracia sola, por la fe sola, por Cristo solo. En otras palabras, Lutero entiende que la justificación de los pecadores por la fe sola es el único fundamento de la libertad del cristiano.

Si Cristo es suficiente para la salvación, entonces las condiciones humanas no determinan la libertad del cristiano. Este es el punto del párrafo 3, que parece tan difícil de entender. Lutero hace preguntas retóricas: "¿De qué aprovecha al alma si el cuerpo es libre, vigoroso y sano, si come, bebe y vive a su antojo? O ¿qué daño puede causar al alma si el cuerpo anda sujeto, enfermo, débil, padeciendo hambre, sed y sufrimientos, aunque no lo quiera? Ninguna de estas cosas se allega tanto al alma como para poder libertarla o esclavizarla, hacerla buena o perversa". En base a estas frases, ¿es posible apelar a Lutero para justificar una actitud que desprecia al mundo, que es indiferente al sufrimiento, que nutre el escapismo? Sólo si se sacan de su contexto. Lutero habla acá del "hombre interior", es decir la persona ante Dios. Su afirmación de que "ninguna cosa externa", o sea ninguna circunstancia humana, puede liberarlo frente a Dios es simplemente la necesaria expresión negativa de que su libertad viene sólo de Cristo. La bondad y la libertad del cristiano en esta dimensión de su existencia no son funciones de la riqueza, el poder o la salud, sino que dependen sólo de la confianza en la promesa.

Así como la libertad de fe no es resultado de las condiciones en que uno se encuentre, tampoco proviene de las obras que uno haga. Frente a Dios, no hay un fundamento para confiar en sus propias acciones, logros ni méritos: acá ellos "nada valen" (N° 6). Para que se entienda que la libertad se funda sólo en Cristo y no en sí misma, Lutero distingue entre la ley y el evangelio (Nos. 8, 9, 25). Ambos son la palabra de Dios, pero cada uno con una función diferente. Los mandamientos de Dios enseñan lo que todo ser humano debe hacer en relación con Dios y sus semejantes; son las exigencias absolutas del creador que expresan su voluntad y la obligación puesta a cada persona. Lutero encuentra que la ley exige pero no da la fuerza necesaria para realizarla. Frente a su exigencia, se da cuenta de la imposibilidad de cumplirla. La función de la ley es negativa y por eso buena: la ley crea la desconfianza en sí mismo, revela la impotencia de

las obras de la ley para establecer comunión con Dios, ataca la locura de toda tentativa de la auto-salvación y le muestra la necesidad de buscar auxilio fuera de sí mismo. En contraste, el evangelio es don, no una nueva exigencia; es "la promesa y la afirmación divina" que llega a uno condenado por la ley. La confianza en la promesa otorga la libertad y cumple los mandamientos "para que todo sea de Dios; el mandamiento y cumplimiento" (N° 9). La distinción entre la ley y el evangelio es esencial para Lutero a fin de que el ser humano reconozca su "aprieto" ante Dios, para que no se confundan las obras humanas con la gracia de Dios, y para que el evangelio sea la buena noticia de que Cristo nos salva por la fe sola. Y todo esto quiere decir que se da toda la gloria a Dios. Fíjense que el cristocentrismo de Lutero es a la vez el teocentrismo; al centrar su fe en Cristo, la centra en Dios. La salvación viene por la promesa y la fe "a fin de que la gloria divina permanezca en todo su esplendor, en tanto Dios no nos redime por causa de nuestras obras, sino por su Palabra misericordiosa, gratuitamente y por pura clemencia" (N° 24).

La posición de Lutero es que la fe sola libera al cristiano. ¿A qué se refiere? Lutero no era un determinista moderno que piensa que toda acción humana está determinada por factores biológicos, psicológicos o sociológicos. Él, como la mayoría de nosotros, suponía que el ser humano tiene una cierta capacidad de elegir entre las alternativas disponibles en las relaciones con otros y con la naturaleza. Usted, por ejemplo, puede optar por seguir leyendo esta introducción o no. Obviamente no está hablando de este tipo de libertad. Más bien Lutero apunta a lo que se puede llamar la dimensión de la profundidad del ser humano, donde está decidida la orientación de su vida hacia Dios y los otros. En esta dimensión no es libre, pues tiene que ser liberado de su propio autocentrismo. La libertad no es para Lutero, entonces, el competidor de la gracia porque es la gracia que crea la libertad, la apertura de confiar en Dios y no en sí mismo y de darse a los otros, no buscar su propio interés.

Lutero entiende que la libertad es negativa y positiva: la gracia lo libera "de" y "para". Lo libera de las fuerzas que lo esclavizan en la profundidad de su ser —el poder del pecado, la ley, la muerte, la culpa, la idolatría y el egocentrismo—. Una "libertad" que quede silenciosa frente a estos enemigos del ser humano sería para Lutero superficial y poco seria. Sólo en la fe en Cristo, afirma él, hay perdón, consuelo en el sufrimiento, victoria sobre la muerte, adoración verdadera de Dios y destrucción del egoísmo. Y lo libera "para": para dar honor a Dios como Dios (Nos. 11, 13), para unirse con Cristo (N° 12), y para participar en los beneficios de Cristo como hijo de Dios (N° 10), rey (N° 15) y sacerdote (N° 16). Es interesante notar que es sobre la base de la fe sola que se encuentra la raíz del concepto del sacerdocio universal de los creyentes —que ha tenido tanta importancia en la historia del protestantismo como el fundamento para la participación activa de todo creyente en la vida y misión de la iglesia— que no es entendido por Lutero en un sentido individualista, sino comunitario, es decir como la libertad para interceder por los otros. "He aquí cuán hermosos son el señorío y la libertad de los cristianos" (N° 15). "La fe es la que da de todo en abundancia" (N° 16). Por eso canta Lutero: "El cristiano es libre señor de todas las cosas y no está sujeto a nadie".

Se ve que la libertad de Cristo según Lutero es una realidad presente: el cristiano ya "es" libre. Afirma con tanta fuerza la libertad del cristiano en el mismo año en que describe "la cautividad babilónica de la iglesia" y la opresión de Alemania en "A la nobleza cristiana". Al mismo tiempo reafirma la presencia de la libertad y reconoce la necesidad para el cambio en la iglesia y la sociedad. La gracia de Dios le llega ahora al cristiano a pesar de la injusticia; la fe se adhiere a lo que contradice lo visto y lo experimentado. En la perspectiva de Lutero, la libertad de la fe no es un ideal que espera los cambios históricos, sino el presupuesto y el fundamento para criticar el presente y buscar su transformación.

Lutero diferencia la libertad de la fe de la libertad política (o social, cultural, económica, etc.). Escribe, por ejemplo, que el cristiano es rey y sacerdote "en sentido espiritual, toda vez que su reino no es de este mundo ni consiste en bienes terrenales, sino puramente espirituales, como son: la verdad, la sabiduría, la paz, el gozo, la bienaventuranza, etc.". (Nº 14). A la luz de lo dicho se pueden deducir algunas de las razones que tuvo para mantener la diferencia entre lo espiritual y lo temporal, entre los beneficios de la fe y los logros de la política. Si la libertad de la fe fuera dependiente y/o idéntica a las libertades prometidas y ganadas por la política, entonces Cristo no sería suficiente, sino más bien superfluo. Sin esta distinción sería imposible decir que la libertad ya está y uno tendría que concluir en que la mayoría de los cristianos nunca la han conocido, dado que la mayoría ha vivido en situaciones que niegan las libertades políticas. Además, la política no puede transformar al ser humano en las profundidades de su ser como la fe le promete hacer, y por eso es necesario insistir en la diferencia. En Lutero esta distinción tenía una función crítica: por causa de Cristo, sí, los cristianos se hacen reyes, pero eso no les da el derecho de dominar a los otros. Los dones de la fe no les otorgan privilegios especiales en la política. Por eso Lutero desautorizó el poder secular de las autoridades eclesiásticas de su tiempo (17) y rechazó toda tendencia teocrática.

El cristiano es el señor libre quien a la vez "es servidor de todas las cosas y está supeditado a todos". No es libre de hacer "lo que quiere"; es libre del poder del pecado, no libre para pecar. No es libre para cerrar sus ojos al sufrimiento del otro, sino libre para ver el mundo con los ojos de los necesitados.

El cristiano no es un ser autónomo sino una persona ligada voluntariamente al otro. No es libre de los compromisos, sino libre para hacerlos y mantenerlos en servicio al prójimo. La libertad no es un sentimiento subjetivo sino una manera de vivir con el prójimo. " ... No es una posesión, una presencia, un objeto sino una relación y nada más. En verdad, la libertad es una relación entre dos personas, ser libre significa, 'ser libre para el otro'; ya que el otro me liga a él. Sólo en relación con otro, yo soy libre. La paradoja de la libertad es que el señor libre vive como servidor en sus relaciones con otros. La gracia que lo libera de la esclavitud en las profundidades de su existencia lo libera para vivir en amor en la anchura de su vida.

Por la fe el cristiano es libre para amar; desde su confianza en Dios fluye el amor a su prójimo. Es "con gusto siervo, a fin de ayudar a su prójimo, tratándolo y obrando con él como Dios ha hecho con el cristiano por medio de Jesucristo. Y el cristiano lo hará todo sin esperar recompensa, sino únicamente por agradar a Dios". Dice el cristiano que lo hará todo "libre, alegre y gratuitamente, y seré con mi prójimo un cristiano a la manera que Cristo lo ha sido conmigo, no emprendiendo nada excepto aquello que yo vea que mi prójimo necesite y le sea provechoso y salvador; que yo ya poseo todas las cosas en Cristo por mi fe" (27).

El cristiano no es libre para salvarse (ya está salvado), sino para servir al otro. Lutero insiste una y otra vez en que las obras no justifican, no salvan, porque cree que la raíz del mal entre los seres humanos se encuentra en el autocentrismo. En el fondo busca en sus acciones sus propios intereses, usando al otro como medio para tales fines. La idea de que las obras en algún sentido salven significa para Lutero la continuación de este esquema: uno actuaría con la meta de ganar algo —su salvación— y con esto quedaría dentro de la esclavitud del autocentrismo. Las obras de amor todavía tendrían su sentido en lo que la persona logre por sí mismo en sus actos y no en lo que haga por los otros. La libertad de la fe en el evangelio —Dios solo nos salva— es la ruptura radical con todo autocentrismo. La acción para con el otro no es un medio para lograr algo propio, sea la alabanza de otros o un premio eterno, sino una expresión del amor de Dios a nosotros y una manera de servir al otro. Para Lutero las obras no son salvadoras sino el fruto de la salvación que mira solamente al otro en su necesidad.

Dios nos libera para que amemos. El motivo y el modelo de este amor es el amor de Dios en Cristo por nosotros. Al describir la libertad para amar, Lutero enfatiza tanto el origen como el fin de la acción. Su origen es la gratitud a Dios por su amor; el fin es la alegría de la salvación. La gratitud rompe con las compulsiones de las exigencias y hace el amor libre, es decir amor real, puesto que un amor forzado es una contradicción. "La libertad que un cristiano tiene por la fe es la libertad para rendir el servicio de amor. Y solamente el servicio de amor es llevado a cabo en la libertad" (Gerhard Ebeling). Lutero entiende que el fin de la acción de los cristianos es responder al prójimo en sus necesidades; el para qué es "ser útil a los demás" (§26). El propósito y el criterio del amor es el bienestar del otro. Al dar mucha importancia a la fuente de la acción, Lutero también establece una norma para evaluar los resultados: una acción es buena si beneficia al prójimo. Con Gustavo Gutiérrez, podría decir que la gratitud es "el clima que baña toda búsqueda de eficacia." Es la atmósfera envolvente que penetra todo compromiso para el bien del prójimo.

El amor ocurre en este mundo con prójimos reales de carne y hueso. "Amar a alguien es amarlo con su textura social." Lutero no dice que la fe lo libera al cristiano de su finitud y las limitaciones históricas de su vida; más bien lo pone dentro de las relaciones cotidianas como siervo libre. El cristiano no sale al cielo de acá y ahora sino "desciende" a la tierra para que, como hicieron Adán y Eva, labre y guarde la creación (§22). Como Cristo en la encarnación tomó la forma de siervo al entrar en este mundo, así también la dirección de la fe es hacia abajo donde se encuentra el necesitado (§26). En esta relación con el prójimo, sí le importa que su cuerpo "anda sujeto, enfermo y débil, padeciendo hambre, sed y sufrimientos", porque acá "se trata de servicios voluntarios en favor de los demás hombres y para su mejoramiento" (§28). La obra de amor no es una actividad religiosa especial, sino la acción de acuerdo con los mandamientos de Dios en todas las áreas de la vida para el bienestar del otro. Lutero reconoce que "en este mundo todo es comienzo y crecimiento, y el fin vendrá en el otro mundo" (§19). Por eso insiste en la necesidad de la disciplina y la lucha contra el hombre viejo (§20-2). Sin embargo, existe ya el amor como "los primeros frutos del espíritu" (§19).

Lutero no miró a la política para encontrar la salvación, pero sí la vio como un campo de servicio para el cristiano (§28). Su entendimiento de las responsabilidades políticas del cristiano está limitado a su situación; detrás de él, en cambio, hay una postura que afirma la política como un lugar en que el cristiano ha de buscar soluciones a las necesidades de su prójimo social. La participación en la política es una manera de amar al otro. En la perspectiva de Lutero, la fe no ofrece al cristiano un programa o una ideología, sino una razón de la mente y del corazón para participar, una preocupación central y una norma para evaluar todo programa, ideología, estructura y acción política; el bienestar del prójimo. Las libertades políticas, económicas, sociales y culturales son dignas del compromiso del cristiano en cuanto sirvan a los otros.

La libertad del cristiano es, para Lutero, la salida de sí mismo y la apertura a Dios en la confianza y al prójimo en el amor. Jesucristo significa la libertad porque "su vida estuvo dedicada a nosotros" (§29) para liberarnos de la esclavitud del pecado y la muerte y vivir para el otro. Las palabras propias de Lutero resumen bien su entendimiento de la libertad cristiana: "El cristiano no vive en sí mismo, sino en Cristo y en el prójimo; en Cristo por la fe, en el prójimo por el amor. Por la fe sale el cristiano de sí mismo y va a Dios; de Dios descende el cristiano al prójimo por el amor. Pero siempre permanece en Dios y en el amor divino (§30).